

Fe, Cultura y Universidad

Reflexiones sobre el pensamiento de Benedicto XVI

Juan Pablo Ledesma

Decano de la Facultad de teología, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

Artículos

Introducción

Hace muchos años, cuando el joven profesor Joseph Ratzinger¹ impartía un curso de verano a sus alumnos, relataba una historia del filósofo Sören Kierkegaard para expresar esta misma problemática que hoy nos atañe.

El relato cuenta cómo un circo de Dinamarca fue presa de las llamas. El director del circo envió a un payaso, que ya estaba preparado para actuar, a la aldea vecina para pedir auxilio, ya que existía el peligro de que las llamas se extendiesen incluso hasta la aldea, arrastrando a su paso los campos secos y toda la cosecha. El payaso corrió a la aldea y pidió a sus habitantes que fuesen con la mayor urgencia al circo para extinguir el fuego. Pero los aldeanos creyeron que se trataba solamente de un excelente truco ideado para que en gran número asistiesen a la función; aplaudieron y hasta lloraron de risa. Pero al payaso le daban más ganas de llorar que de reír. En vano trataba de persuadirlos y de explicarles que no se trataba ni de un truco ni de una broma, que la cosa había que tomarla en serio y que el circo estaba ardiendo realmente. Sus súplicas no hicieron sino aumentar las carcajadas; creían los aldeanos que había desempeñado su papel de maravilla, hasta que por fin las llamas llegaron a la aldea. La ayuda llegó demasiado tarde, y tanto el circo como la aldea fueron consumidos por las llamas.

Esta narración ilustra nuestra situación. Nosotros, creyentes y teólogos modernos, nos vemos reflejados en el payaso, que no puede conseguir que los hombres escuchen su mensaje.

Y, aunque el “payaso” se esfuerce por presentarse con toda seriedad, se sabe de antemano lo que es: un payaso. Se conoce lo que dice y se sabe también que sus ideas no tienen nada que ver con la realidad. Se le puede escu-

¹ Cf. JOSEPH RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, introducción. Tomado de COX, *La ciudad secular*.

char confiado, sin temor al peligro de tener que preocuparse seriamente por algo. Sin duda alguna, en esta imagen puede contemplamos la situación en que se encuentra el pensamiento actual: en ese debate, ¿incomprensión?, ¿divorcio?, entre la fe y la cultura.

Pero quizá debamos profundizar un poco más. ¿Por qué los aldeanos no le creyeron? Si el payaso se hubiese despojado de sus vestiduras y se hubiera mostrado como uno de ellos, ¿se hubiera resuelto el problema? ¿Es suficiente mudar espiritualmente los vestidos de la fe para que los hombres vengan a ayudarnos a extinguir el fuego?

Es cierto que quien quiera predicar la fe a los hombres de hoy, pueda presentarse ante ellos con las vestiduras de un payaso, o quizá como alguien que, salido de un sarcófago, pretende entrar en nuestro mundo de hoy con las aspiraciones y formas de pensar de la antigüedad. Ni le entenderá el mundo de hoy ni lo entenderá él.

Al querer llevar a cabo la difícil empresa de mostrar la fe a la cultura de nuestro tiempo, quien tome la cosa en serio se dará cuenta de la dificultad que entraña, pues nos movemos en las arenas de la incredulidad y de la indiferencia.

Dicho de otra manera: ¿necesita la fe realmente de la cultura? ¿Es posible postular una cultura sin la fe? ¿Pueden existir y cohabitar separadamente? ¿Qué aporta la fe a la cultura?

El derrotero que vamos a seguir se nutre del pensamiento del entonces profesor Joseph Ratzinger, después Cardenal y ahora Sumo Pontífice, nuestro Papa Benedicto XVI. Las reflexiones que ahora propongo a su atención se articulan de la siguiente forma. En un primer momento analizaremos el concepto y contenido de la fe cristiana. Después estudiaremos el concepto y extensión del término: cultura. Del análisis de estos conceptos y de sus contenidos emergerá la posibilidad de un diálogo y enriquecimiento mutuo entre la fe y la cultura, evidenciando cómo la fe y la cultura son los requisitos necesarios para un nuevo humanismo. Por último, quisiera proponer la Universidad como el escenario natural y lógico donde este diálogo fructífero y enriquecimiento mutuo entre la fe y la cultura se realiza.

La clave consiste en el esfuerzo por pensar la cultura no a la luz de la particularidad (que lleva a pensar en culturas como mónadas cerradas), sino a la luz de la naturaleza humana, su fundamento. Y como la naturaleza humana no es algo estático, sino dinámico (diríamos, teleológico), precisamente ahí radica la base para un encuentro de culturas que pueda incluso prever una purificación.

La tesis de fondo es la siguiente: así como la gracia presupone la naturaleza y la enriquece y sublima, lo mismo podríamos afirmar de la fe. La fe, lejos de obstaculizar, menguar o subyugar la cultura, la ennoblece, la eleva y enriquece.

Nuestra fe cristiana

¿Qué es lo cristiano en el cristianismo?

Nos preguntamos: ¿Qué es lo específico, lo característico, lo original del cristianismo? ¿Cuál es su aportación para la humanidad, en medio del concierto de las naciones y de las religiones con validez perenne? Incluso —con palabra sencillas de Urs von Balthasar—: “¿Qué es lo cristiano en el cristianismo?”²

Benedicto XVI entregó el año pasado en Roma por primera vez el Premio Ratzinger de teología, en la Sala Clementina del Palacio Apostólico. Durante el acto el Papa invitó a preguntarnos: “¿Es verdad lo que creemos o no?”

Esta pregunta es muy importante dado que en la teología está en juego la cuestión de la verdad.

Y de esta pregunta, como de un racimo de uvas, se desprenden otros interrogantes y cuestiones:

¿La ciencia de la fe es realmente posible o es una contradicción?, ¿ciencia no es lo contrario de fe?

¿Es verdad lo que creemos o no?

El Papa, en sus palabras recordaba al escritor eclesiástico de los albores del cristianismo: Una expresión de Tertuliano puede hacernos dar un paso más: escribe que Cristo no dijo: “Yo soy la costumbre”, sino: “Yo soy la verdad”: *Non consuetudo sed veritas*: “Dominus noster Christus veritatem se, non consuetudinem cognominavit.”³

El concepto de “consuetudo” (costumbre) hace referencia a las religiones paganas, que, según su naturaleza, no eran fe, sino “costumbre o cultura”. Acciones que se realizan porque se han hecho costumbre o siempre se ha hecho así.

² URS VON BALTHASAR, *Solo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 1999, p. 9.

³ Cf. TERTULIANO, *De virginibus velandis* I, 1, in *Corpus Christianorum* II, 1209.

Pero precisamente el aspecto revolucionario del cristianismo en la antigüedad fue precisamente su ruptura con la “costumbre” por amor a la verdad. Tertuliano habla aquí basándose sobre todo en el Evangelio de San Juan, en el que se encuentra también la otra interpretación fundamental de la fe cristiana, que se expresa en la designación de Cristo como Logos. Si Cristo es el Logos, la verdad, el hombre debe corresponderle con su propio logos, con su razón. Para llegar hasta Cristo, debe seguir el camino de la verdad. Debe abrirse al Logos, a la Razón creadora, de la que se deriva su propia razón y a la que ésta lo remite. De este modo se comprende que la fe cristiana, por su misma naturaleza, debe suscitar la teología, tenía que interrogarse sobre la razonabilidad de la fe, aunque, naturalmente, el concepto de razón y el de ciencia abarquen muchas dimensiones, por lo que la naturaleza concreta del nexo entre fe y razón debía y debe ser nuevamente evaluada.

Por ello “la fe cristiana, por su misma naturaleza tiene que suscitar la teología, debía interrogarse sobre cuanto sea razonable la fe, también cuando naturalmente el concepto de razón y el de ciencia abrazan muchas dimensiones, y así la naturaleza concreta del nexo entre fe y razón debía nuevamente ser profundizado”.

1.1. *¿Creer o no creer?*

Hay personajes tan famosos y paradójicos como Bertrand Russell, gente que ha conocido las Escrituras, la misma historia del cristianismo, con sus luces y sombras, y que mantienen su propia irreligiosidad. Quizás el libro de Russell, titulado: *¿Por qué no soy cristiano?* refleja la trayectoria de esos “Quijotes” contemporáneos que ven sin ver. ¿Por qué hombres sabios e inteligentes se borran del cristianismo y permanecen en la incredulidad? ¿Por qué achacan a los cielos —como Albert Camus— el fallo de los pobres pisoteados? ¿Realmente el cielo azul no responde, ante el misterio del mal, cuando un autobús atropella a un niño inocente y desprevenido? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo el mal parece señorear sobre nuestro mundo?

De la mente brotan aparentes estocadas mortales para la fe. Resulta desleal dejar espacio a un Dios en el itinerario mortal de los hombres. Dios, así, no podría existir. El hombre se bastaría. De esta forma —como expresó el poeta D’Anunzio— “podemos apagar las estrellas por la noche”. Porque en esta noche, podríamos completar el comentario del poeta italiano, nos bastan las luces de los televisores, del Internet que apaciguan nuestras conciencias con música, diversión, fútbol, películas y diversión.

¿Quién no percibe dentro de sí una tendencia natural a juzgar y medir todo lo relativo a Dios con el criterio humano? Como si el amor de Dios fuera tan voluble e inconstante que dependiera de la inconstancia y volubilidad de nuestros sentimientos. Más aún, nos inquieta todo lo que no entendemos, lo que escapa a nuestro control. Pensamos erróneamente que estamos bien cuando nos sentimos a gusto.

De la visión y deseo desviado nos prevenía la voz de san Hipólito, ya desde el siglo II: “Debemos conocer al Padre como Él desea ser conocido... En todo debemos proceder no según nuestro arbitrio ni según nuestros propios sentimientos ni haciendo violencia a los deseos de Dios, sino según los caminos que el mismo Señor nos ha dado a conocer en las santas Escrituras.”

Pero, llegados a este punto, nos preguntamos ¿y qué es la fe? Si acudimos a la Sagrada Escritura, encontraremos siempre estas dimensiones: confianza, conocimiento y obediencia. La misma raíz de la palabra fe en hebreo: *'mm*, y que aparece más de cincuenta veces, indica estabilidad, seguridad y apoyo, pero nunca en sí mismo, sino en otro. (Dt 28,66; Jb 15,31; Jb 24,22; Jb 39,12).

Por lo tanto, creer primeramente consiste en fiarse de otro, en confiar y abandonarse en las manos de ese otro, sobre quien me apoyo. Fe fue el gesto de Abrahán que creyó en la promesa de Dios de una numerosa descendencia, a pesar de su avanzada edad y de no tener hijos (Cf Gn 15,6), como también, fe fue la respuesta obediente de Moisés al mandato divino (Cf Ex 4, 1-3)⁵.

La fe como respuesta del hombre a la palabra de la divina Revelación entró en la fase definitiva con la venida de Cristo, cuando “al final” Dios “nos habló por medio de su Hijo” (Hb 1, 1-2).

Crear en sentido cristiano quiere decir acoger la definitiva auto-revelación de Dios en Jesucristo, respondiendo a ella con un “abandono en Dios”, del que Cristo mismo es fundamento, vivo ejemplo y mediador salvífico.

⁴ SAN HIPÓLITO, *contra la herejía de Noeto*, cap 9, PG 10, 815.

⁵ Isaías describe la fe con tonos poéticos: “En la conversión y la calma está vuestra salvación; en la mesura y la confianza está vuestra fuerza” (Is 30,15). La fe supera el simple acto de conocimiento. Cuando la fe adquiere acentos más personales, más íntimos y entrañables, se transforma en oración: “Yo estoy seguro de ver los bienes del Señor en el mundo de los vivos.” (Ps 27,13) La fe en Dios es siempre fiel (Ps 106,12; Ps 106,24; Ps 116,10), porque la sostiene el incansable e inagotable amor divino (Os 2,21). Como todo pacto y alianza, la fe exige una respuesta de amor exclusivo y confiado (Dt 6,5) y la observancia de los preceptos (Dt 7,12).

Crear es, sobre todo, reconocer y aceptar a Jesús como el Mesías esperado (Mc 15,32), a través de su muerte y de resurrección (Act 2,14-36). Por eso el cristiano aparece como el “creyente” (Act 2,44; Act 4,32; Act 1-1,21)⁶.

Para san Pablo, la fe tiene como centro a Jesucristo y el conocimiento y aceptación de su misterio pascual (Rm 10,9; Rm 10,14; 1P 1,8; 1P 1,21; Jc 2,5). De esta forma logra identificar el acto de fe con el contenido del mismo. Así nace el anuncio o kerygma: la fe y la predicación de la encarnación, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. (Cf Rm 10,8; Ga 1,23; Ga 3,2; Ga 3,5; Ep 4,5).

La carta a los Hebreos retoma los trazos esenciales: la fe constituye una certeza de lo invisible y se traduce en confianza en las promesas de Dios y su fidelidad (Hb 11).

En definitiva, en estas expresiones bíblicas están contenidos los matices de la fe: seguridad y confianza. Por la fe, nos apoyamos en Dios como nuestra roca firme y segura, inquebrantable. Por la fe, nos fiamos de Él, nos abandonamos en sus manos.⁷

A partir de la Escritura, la Iglesia nos enseña que la fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha revelado, y que la misma Iglesia nos propone creer, dado que Dios es la Verdad misma. Por la fe, el hombre se abandona libremente a Dios; por ello, el que cree trata de conocer y hacer la voluntad de Dios, ya que «la fe actúa por la caridad» (Ga 5,6)⁸.

Y lo mejor de todo es que la fe es una puerta siempre abierta. Nadie nos obliga a franquearla. Los ‘signos’, los gestos de Dios jamás avasallan ni irrumpen, quebrando o forcejeando nuestra humana libertad. Dios la respeta siempre.

Aquí estriba la grandeza de la fe. No es la fe un acto puramente intelectual. Si la voluntad no quiere creer, la razón no puede abrirse a la fe: «con el corazón se cree para la justicia» (Rm 10,10). La fe —enseñaba Santo Tomás de

⁶ Cf. JUAN PABLO II, Audiencia General, del 3 de abril de 1985.

⁷ Podemos deducir que la fe del Antiguo Testamento pone el acento sobre la confianza, mientras que el Nuevo resalta el aspecto de asentimiento al mensaje cristiano. Cf J. ALFARO, *La fe como entrega personal del hombre a Dios y como aceptación del mensaje cristiano*, en “Con” 21 (1967) 59.

⁸ Compendio 386.

Aquino- es el acto del entendimiento que asiente a las verdades divinas bajo el impulso de la voluntad, movida por la gracia de Dios⁹.

La fe, por lo tanto, es la respuesta de obediencia a Dios. Conlleva reconocerle en su divinidad, trascendencia y libertad suprema. El Dios que se da a conocer desde la autoridad de su absoluta trascendencia lleva consigo la credibilidad de aquello que revela. Creemos no sólo porque es verdad, sino porque Dios mismo nos lo revela y no puede engañarse ni engañarnos.

La persona al creer –recordaba Juan Pablo II- lleva a cabo el acto más significativo de la propia existencia; en él, en efecto, la libertad alcanza la certeza de la verdad y decide vivir en la misma¹⁰.

1. 2. *Creo en ti...*

Todavía no se mencionado el aspecto más fundamental de la fe cristiana: su carácter personal. La fe cristiana es mucho más que una opción en favor del fundamento espiritual del mundo. Su fórmula central reza así: “Creo en ti. No creo en algo”. Es encuentro.

Por el contrario, la incredulidad se presenta como una continua tentación para el creyente como la idolatría lo es para el pagano. La incredulidad consiste en no tomar a Dios como apoyo; ni fiarse de Él¹¹.

Llegados a este punto, ante la encrucijada del misterio de un Dios que toma la iniciativa y se revela, sólo caben dos salidas: la visión de la fe o la incredulidad. Fiarse de Él o desconfiar. Amarlo o hacerlo a un lado. No existe el término medio. Ante los misterios de la vida de Cristo revive un interrogante. ¿Fe o incredulidad?

⁹ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 2, a 9; cf. Dz 3008.

¹⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Fides et Ratio*, n. 13.

¹¹ Es apoyarse en la propia vida (*Dt 28,66*). Es olvidarse de los prodigios realizados en el pasado (*Dt 8,14-16; Ps 78,11; Ps 106,7*); es incomprensión de los signos y prodigios de Dios (*Nb 14,11; Am 4,6ss*). Es la ceguera o negación de un proyecto divino. Sería como presentarle a Dios un ultimátum para que secunde nuestros deseos y cumpla sus promesas. La incredulidad le duele a Jesucristo, porque revela la falta de un corazón humilde (*Mt 11,25*). Se manifiesta gradualmente: primero es miedo ante la tempestad (*Mt 8,26*); luego olvido de la enseñanza de Jesús (*Mt 16,8-10*). Crece hasta el escándalo ante el misterio de la cruz (*Mt 16,23*) y llega incluso a cerrazón, ceguera y rechazo de la resurrección. (*Lc 24,25; Lc 24,41; Mt 28,17; Mc 16,11; Mc 16,13-14*).

Sartre y Camus veían la fe como una moneda falsa que distrae a los hombres de sus quehaceres y de sus obligaciones. Pero nuestro Dios no proporciona ningún opio para el pueblo ni enajena nuestras conciencias. Amó al mundo hasta el extremo de darnos a su propio Hijo.

La respuesta corresponde a cada uno, porque con palabras del Papa Benedicto XVI: “La fe es siempre un acontecer de libertad. Ese acontecer abraza en sí la certeza de que aquí se trata de algo verdadero, de una realidad, pero que, a la inversa, nunca excluye del todo la posibilidad de la negación”¹².

Crear es amar, amar absolutamente. . . Lo primero que debía chocar a un no-cristiano de la fe del cristiano es que esa fe se aventura demasiado”¹³.

2. La cultura: la necesidad del otro

2.1. El laberinto de la cultura

El escenario de nuestra cultura se asemeja mucho al laberinto de Creta¹⁴. En el antiguo reino de Creta, el rey Minos mandó a Dédalo construir en su palacio un laberinto. Allí encerró al famoso Minotauro, un temible monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre, al que todos los años se le entregaban siete doncellas y siete efebos traídos de Atenas. Una vez dentro, nadie lograba salir con vida de un intrincado cruce de salas y pasillos, hasta que Teseo se dejó guiar por el hilo de Ariadna.

En este laberinto de la cultura moderna en que nos hallamos anhelamos encontrar la salida. Hechos como la pobreza, el desencanto que está detrás de la drogadicción, la delincuencia, la inseguridad ciudadana, la depresión, y otros tantos problemas que trazan genuinos rasgos de nuestro mundo, demuestran la dramática verdad de que vivir es hoy, en gran medida, un sobrevivir.

Ante esto, cabe preguntarse si hay algún lugar, alguien en quien podamos depositar nuestras esperanzas. Perdidos en los vericuetos del laberinto de nuestro mundo, de nuestro día a día, nos afanamos en buscar a tientas la salida. ¿Cómo hallarla? ¿Quizás no sería lo mejor tratar de instalarse ‘cómodamente’

¹² BENEDICTO XVI, *Luz del mundo*, una conversación con Peter Seewald, Herder, Barcelona 2010, p. 182.

¹³ URS VON BALTHASAR, *Sólo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 1999, pp. 93-94.

¹⁴ Cf. JOSÉ LUIS PINILLOS, *El corazón del laberinto*, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1997.

en el laberinto y desistir de encontrar la salida? ¿Podemos buscar el hilo de Ariadna e intentar, como hizo Teseo, escapar de lo que constituye nuestro ‘Minotauro’?

Para Enrique Rojas¹⁵ la trama de la vida humana tiene tres ingredientes fundamentales: el amor, el trabajo y la cultura. Amar y trabajar hacen al hombre feliz, le dan lo mejor que hay en esta vida. La cultura es el telón de fondo: le ayuda a tener criterio, a saber a qué atenerse. En efecto, podrá faltar en determinados momentos el trabajo o llegar un momento de la vida en que se vea uno imposibilitado o incapacitado; el grado de cultura podrá ser deficiente; pero el amor sí que no puede faltar.

2.2. La esencia de la cultura¹⁶

¿Qué entendemos por cultura?

Para Christopher Dawson: “Cultura es el modo de vida de un grupo social, encarnado en una serie de instituciones, que responde a ciertos principios y reglas de comportamiento y que conforma una cierta tradición con el paso del tiempo”.

Para el filósofo español Ortega y Gasset la cultura era “el sistema vital de las ideas de cada tiempo”.

En palabras más sencillas podemos caracterizar a la cultura como el conjunto de manifestaciones que expresan el alma de un pueblo: sus valores, su música, pintura, arte,...

La encíclica *Fides et Ratio*, aunque está dedicada por entero a la aventura de la verdad, se plantea también la cuestión de la relación entre verdad y cultura. El entonces Cardenal Ratzinger, al comentarla, profundizó en el concepto de cultura, destacando los siguientes aspectos.

A un concepto estático de cultura, que presupone formas culturales fijas que a la postre se mantienen constantes y sólo pueden coexistir unas con otras, pero no comunicarse entre ellas, Juan Pablo II —comenta el Cardenal Ratzinger— ha opuesto en la encíclica una comprensión dinámica y comunicativa de la cultura.

¹⁵ ENRIQUE ROJAS, *Remedios para el desamor*; Ediciones Temas de Hoy, 2007, p. 25.

¹⁶ Cf. JOSEPH RATZINGER, *Fe, verdad y cultura. Reflexiones a propósito de la encíclica «Fides et ratio»*.

Conviene entender que las culturas no están fijadas de modo estático a una forma. Les son propias la capacidad de progresar y transformarse, y también corren el peligro de decadencia. Están abocadas al encuentro y fecundación mutua.

Por lo tanto, podemos distinguir el aspecto dinámico de toda cultura, que le confiere libertad, apertura y enriquecimiento.

Theodor Haecker ha hablado del carácter de advenimiento de las culturas pre-cristianas, como siglos atrás San Justino así lo había intuido con su feliz teoría de los "semina Verbi".

De esta forma, "el anuncio del Evangelio en diversas culturas, aunque exige de cada destinatario la fe, no les impide conservar una identidad cultural propia. Ello no crea división alguna, porque el pueblo de los bautizados se distingue por una universalidad que sabe acoger cada cultura, favoreciendo el proceso de lo que en ella hay de implícito hacia su plena explicitación en la verdad".

Entonces, ¿cómo es posible este diálogo? ¿Existen criterios para esta inculturación? Repasemos brevemente estos tres criterios que nos propone el mismo Cardenal Ratzinger.

El primer criterio se colige por sí mismo y consiste en la "universalidad del espíritu humano, cuyas exigencias fundamentales son idénticas en las culturas más diversas". Ya lo atestiguaba Tertuliano en su *Apologeticum*: "*O testimonium animae naturaliter christianae!*"¹⁷

De ello se desprende un segundo criterio: "Cuando la Iglesia entra en contacto con grandes culturas a las que anteriormente no había llegado, no puede olvidar lo que ha adquirido en la inculturación en el pensamiento grecolatino. Rechazar esta herencia sería ir en contra del designio providencial de Dios...".

Finalmente existe un tercer criterio, que se sigue de las reflexiones precedentes sobre la esencia de la cultura: "Hay que evitar confundir la legítima reivindicación de lo específico y original del pensamiento indio con la idea de que una tradición cultural deba encerrarse en su diferencia y afirmarse en su oposición a otras tradiciones, lo cual es contrario a la naturaleza misma del espíritu humano".

¹⁷ TERTULIANO, *Apologeticum*, 17.

2.3. Soles y sombras de nuestra cultura

Ya Benedicto XVI ha descrito en unos trazos el panorama de nuestra cultura: “Vivimos en una época en la que son evidentes los signos del laicismo. Parece que Dios ha desaparecido del horizonte de muchas personas o se ha convertido en una realidad ante la cual se permanece indiferente. Sin embargo, al mismo tiempo vemos muchos signos que nos indican un despertar del sentido religioso, un redescubrimiento de la importancia de Dios para la vida del hombre, una exigencia de espiritualidad, de superar una visión puramente horizontal, material, de la vida humana. Analizando la historia reciente, se constata que ha fracasado la previsión de quienes, desde la época de la Ilustración, anunciaban la desaparición de las religiones y exaltaban una razón absoluta, separada de la fe, una razón que dispararía las tinieblas de los dogmas religiosos y disolvería el «mundo de lo sagrado», devolviendo al hombre su libertad, su dignidad y su autonomía frente a Dios. La experiencia del siglo pasado, con las dos trágicas guerras mundiales, puso en crisis aquel progreso que la razón autónoma, el hombre sin Dios, parecía poder garantizar.”¹⁸

El filósofo e intelectual italiano, Augusto del Noce, muerto en 1989, observaba con agudeza: “En la sociedad presente se debería hablar de absolutización del momento económico, en el que tienden a desaparecer las nociones del bien y del mal y se sustituyen por las del éxito y el fracaso. Se está formando la sociedad más desacralizada que la Historia haya conocido jamás”¹⁹.

En efecto, se ha producido el eclipse del sentido de Dios y del hombre que nos ha conducido inevitablemente a una cultura materialista y hedonista. Vivimos en una civilización basada en producir y disfrutar. Una civilización de las “cosas” y no de las “personas”. Una civilización en la que las personas se usan como si fueran objetos. Los valores del ser son sustituidos por los del tener. El único fin que cuenta es la consecución del propio bienestar material.

Los Estados valoran el éxito de su gestión por el crecimiento del PIB (Producto Interior Bruto), por el aumento del consumo, por la capacidad adquisitiva. Privilegian los valores materiales y económicos y descuidan la elevación de la sociedad hacia un humanismo mejor. Instalados en el tren del consu-

¹⁸ BENEDICTO XVI, audiencia del 11-V-2011.

¹⁹ *L'ora di una nuova laicità, Il Sabato*, Roma, 25-X-1886.

mismo, no nos importa que a nuestro alrededor el flagelo del hambre y de la indigencia hiera a amplios estratos de la humanidad.

La causa hay que buscarla no en el sistema económico, sino en el hecho de que todo nuestro sistema socio cultural ha ignorado la dimensión ético-religiosa del ser humano y se ha debilitado al limitarse únicamente a la producción de bienes y servicios²⁰.

Con qué acierto el Papa Benedicto XVI afirma que “la exigencia de la economía de ser autónoma, de no estar sujeta a «injerencias» de carácter moral, ha llevado al hombre a abusar de los instrumentos económicos incluso de manera destructiva. Con el pasar del tiempo, estas posturas han desembocado en sistemas económicos, sociales y políticos que han tiranizado la libertad de la persona y de los organismos sociales y que, precisamente por eso, no han sido capaces de asegurar la justicia que prometían”²¹.

Vivimos así en una sociedad de “domadores de máquinas”, como dice A. Camus. Y, al igual que acontece a menudo en el oficio de domador, éste acaba siendo devorado por sus fieras.

Al mirar la gama de los diversos sectores: producción y distribución de alimentos, higiene, salud y vivienda, disponibilidad de agua potable, condiciones de trabajo -en especial el femenino-, la duración de la vida y otros indicadores económicos y sociales, el cuadro general resulta todavía más desolador, pues se teme incluso por la fragilidad de la paz social, continuamente amenazada por guerras internas, por el terrorismo, por el vandalismo inesperado. Parecería que Hobbes tiene razón cuando caracteriza el inicio de la sociedad como el estado en el que el hombre es un lobo para el otro²² - “*homo homini lupus*”-, en el que impera como preocupación principal el bienestar y provecho personal a toda costa.

Para completar este apartado recordemos que no es lo mismo “civilización técnica” y “cultura”, pues sólo esta última contiene en sí todos los factores

²⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Centessimus Annus*, n.39.

²¹ BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, 34.

²² “*Lupus est homo homini, non homo, quem qualis sit non novit.*” Literalmente: *Lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando desconoce quién es el otro.* Esta expresión es originaria del comediógrafo latino Tito Marcio Plauto (254 aC. - 184 aC) en su obra *Asinaria*. Posteriormente adquirió celebridad a través de la referencia explícita en el *Leviatán*, del filósofo inglés Thomas Hobbes.

constitutivos: una religión, una moral, una visión del hombre; la otra, la civilización técnica sería un sucedáneo, sólo un conjunto de técnicas.

En Lugano (Suiza), afrontando el tema «Fe, verdad y tolerancia», el entonces Cardenal Ratzinger respondía a las siguientes preguntas, a propósito de la cultura:

- La confrontación con el Islam es un tema candente. En su opinión, ¿se puede hablar de una superioridad de la cultura judeocristiana?

“Es un terreno minado, pero no quiero evitar la pregunta. Cuando se habla de cultura tenemos que distinguir los valores de sus realizaciones históricas. La verdad de la fe cristiana nos aparece en toda su profundidad pero no debemos olvidar que lamentablemente ha sido oscurecida muchas veces por los comportamientos concretos de quien se decía cristiano. También el Islam ha tenido momentos de gran esplendor y de decadencia en el curso de su historia”.

- Por tanto, ¿no se puede hablar de superioridad de una cultura sobre otra?

“Naturalmente podemos y debemos decir que, por ejemplo, los valores del matrimonio monógamo, de la dignidad de la mujer, etcétera, demuestran indudablemente una superioridad cultural. Es verdad que el mundo islámico no está del todo equivocado cuando reprocha a Occidente de tradición cristiana la decadencia moral y la manipulación de la vida humana. Se hace fuerte en nuestras debilidades, en nuestro escepticismo. Esto nos impone un serio examen de conciencia. Lo importante es ir a las raíces de los valores anunciados por las diversas religiones. Es aquí donde puede empezar un verdadero diálogo interreligioso.”

-Pero este es un extraordinario punto de encuentro entre pensamiento cristiano y cultura liberal-democrática.

“Pienso que la visión liberal-democrática no habría podido nacer sin este acontecimiento cristiano que ha dividido los dos mundos, creando así también una nueva libertad. El Estado es importante, se deben obedecer las leyes, pero no es el poder último. La distinción entre el Estado y la realidad divina crea el espacio de una libertad en la que una persona puede también oponerse al Estado. Los mártires son un testimonio para esta limitación del poder absoluto del Estado. Así ha nacido una historia de libertad. Si bien después el pensamiento liberal-democrático ha tomado sus caminos, el origen es precisamente éste”.

En su conversación con el filósofo Habermas (pocos meses antes de ser elegido papa), el Cardenal Ratzinger volvió a retomar el tema de la cultura. En esta ocasión desde una perspectiva ética y política. Ahí predominó la idea de que una sociedad no puede basar su vida sobre leyes y estructuras estatales y políticas. Necesita ante todo una cultura y ésta de corte moral y religioso, como sostén y fundamento seguro de todo el cuadro político y legal.

3. La Universidad: lugar de encuentro entre fe y cultura

Hasta el momento hemos considerado por separado los conceptos y contenidos de la fe y de la cultura. Ha llegado el momento de la síntesis, preguntándonos si es válido la alianza entre los mismos o son realidades contrapuestas.

3.1. La Universidad, el lugar privilegiado

En esta apartado queremos afirmar que es posible, conveniente y necesario el diálogo entre la fe y la cultura. Más aún, nos atrevemos a decir que la Universidad católica es el escenario natural, el lugar privilegiado para un diálogo fructífero entre el Evangelio y la cultura.

Con palabras de la Constitución de la Iglesia, que rige a las Universidades católicas, *Ex Corde Ecclesiae*: “A través de este diálogo, una universidad católica ayuda a la Iglesia, permitiéndole llegar a un mejor conocimiento de otras culturas, discernir sus aspectos positivos y negativos, recibir sus contribuciones auténticamente humanas y desarrollar medios por los que pueda hacer que los hombres y mujeres de una cultura particular entienda mejor la fe. Una Universidad católica debe prestar más atención a las culturas del mundo de hoy y a las diversas tradiciones culturales que existen en la Iglesia de manera que promueva un diálogo continuo y provechoso entre el Evangelio y la sociedad moderna”²³.

El Papa, recibiendo en audiencia a los docentes y estudiantes de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, con motivo del 90º aniversario de su fundación, describía este horizonte, tan afín al nuestro: “Nuestro tiempo es un tiempo de grandes y rápidas transformaciones, que se reflejan también en la vida universitaria: la cultura humanista parece afectada por un progre-

²³ JUAN PABLO II, *Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae*, (15 -VIII-1990), 43-45.

sivo deterioro, mientras que se pone el acento en las disciplinas llamadas “productivas”, de ámbito tecnológico y económico; hay una tendencia a reducir el horizonte humano al nivel de lo que es mensurable, a eliminar del saber sistemático y crítico, la cuestión fundamental del sentido. La cultura contemporánea, entonces, tiende a confinar a la religión fuera de los espacios de la racionalidad: en la medida en la que las ciencias empíricas monopolizan los territorios de la razón, no parece haber espacio para la razón del creer, por lo que la dimensión religiosa es relegada a la esfera de lo opinable y de lo privado. En este contexto, las motivaciones y las mismas características de la institución universitaria se ponen en cuestión radicalmente”²⁴.

En cada cultura respira el alma de cada miembro de una sociedad. Si en ella prevalecen los valores que elevan al hombre y lo humanizan, esa cultura vale la pena. Si prevalecen, por el contrario, los que la encierran en sí mismo y sólo ponen en juego sus fuerzas sensitivas e instintivas, esa cultura deshumaniza. El reto para cualquier universidad está claro. Dado que la universidad es una comunidad intergeneracional, reelabora la sabiduría de las generaciones precedentes y ofrece cultura. No sólo es depositaria, sino transmisora y creadora. Sin un diálogo entre las generaciones, interdisciplinar, la cultura no podría transmitirse y moriría. El diálogo entre generaciones y valores del pasado con el presente es el núcleo existencial de la cultura. La fe, por eso, brinda a la tradición un significado religioso, ofreciendo el fundamento y la plenitud de la verdad en Cristo, a cada generación y momento histórico.

Una urgencia que Benedicto XVI destacaba, precisamente recordando que una de las finalidades de la Universidad es armonizar los conocimientos y ofrecer una síntesis. Demostrar que no existe hiato ni conflicto entre la ciencia y la Teología, entre la cultura y la fe, aunque los hombres la miren con desdén y desconfianza. Cuando nos transformamos en eremitas en nuestra propia especialización, nos sentimos muy seguros en nuestro coto, pero incómodos al escuchar las razones y explicaciones ajenas.

“Mediante la propuesta de una visión orgánica del saber que no está separada del amor, -anota Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in Veritate*- la Iglesia puede aportar su específica contribución, capaz de incidir eficazmente también en los proyectos culturales y sociales”²⁵.

²⁴ BENEDICTO XVI, audiencia para los docentes y estudiantes de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, con motivo del 90º aniversario de su fundación, 21 de mayo de 2011.

²⁵ Cf. *Caritas in veritate*, n. 5.

3.2. *¿Filosofía y Teología?*

Todas las culturas, como las ciencias, presuponen una antropología, cristiana o no. Por eso es importante en este diálogo entre fe y cultura, en la Universidad, que los profesores tengan la “forma mentis” cristiana para que los postulados de sus ciencias sean también cristianos. De esta forma el sustrato será común y la investigación interdisciplinar.

Parecería que la filosofía y la teología, denominadas Ciencias sagradas, violentan las ciencias. Y no es así. Y no piensen que quiero llevar las aguas hacia mi molino... Es verdad, imponer conclusiones es violentar, pero hacerles preguntas a las ciencias es lícito y razonable. Así la filosofía y la Teología fecundan estas ciencias humanas y las enriquecen, porque de esta forma logramos evadir el pequeño círculo del saber fragmentario, integrando los saberes.

En su momento el Cardenal Ratzinger notaba: “La crisis de la teología postconciliar se debe en gran parte a la crisis de sus fundamentos filosóficos [...] Cuando los fundamentos filosóficos no son claros, a la teología le falta el terreno donde pisar; ya que, entonces, no queda claro hasta qué punto el hombre conoce verdaderamente la realidad, ni cuáles son las bases a partir de las que él puede pensar y hablar”²⁶.

Y, si esto se dice de la Teología, qué podríamos afirmar de las demás ciencias...

En el fondo sigue existiendo una barrera mental y metodológica, que me atrevería a denominar prejuicio: ¿No advertimos una desconfianza en la capacidad de la inteligencia humana para alcanzar una verdad objetiva y universal?

Ya nos prevenía San Agustín, anticipándose al problema del relativismo: “Las verdades a medias son mentiras enteras”²⁷.

La Iglesia, desde siempre, ha alimentado siempre una gran solicitud por la filosofía. En efecto, la razón es una de las dos alas con las cuales el hombre se eleva hacia la contemplación de la verdad, y la sabiduría filosófica constituye el vértice que la razón puede alcanzar. La perspectiva cristiana es el marco del trabajo intelectual de la Universidad. Digámoslo una vez más, ésta no se

²⁶ *Giovanni Paolo II. Il mio amato predecessore*, Città del Vaticano e Cinisello Basalmo, 2007, p. 16.

²⁷ SAN AGUSTÍN, *Carta 155*, 1.

opone al saber científico ni a las conquistas del ingenio humano, La fe amplía el horizonte de nuestro pensamiento, y es el camino hacia la verdad plena, guía del desarrollo auténtico. Sin una correcta orientación hacia la verdad, sin la búsqueda humilde, la cultura se deteriora y se desvanece en el relativismo. Más aún, lo que la razón percibe, la fe ilumina y manifiesta: “*Fides ratione adiuvatur et ratio fide perficitur*”, afirma Hugo de San Vittore²⁸.

Por esto, la filosofía que se cultiva al interno de la Universidad está llamada en primer lugar: a ejercitar, desarrollar y defender una racionalidad de ‘horizontes más amplios’, mostrando que “sí es posible ensanchar los espacios de nuestra racionalidad [...], y conjugar entre sí la teología, la filosofía y las ciencias, respetando plenamente [...] su recíproca autonomía, pero siendo también conscientes de su unidad intrínseca”²⁹.

Anotaba Benedicto XVI, en el encuentro con los representantes de la ciencia en el Aula Magna de la Universidad de Regensburg: “En el plano institucional, volver a encontrar “este gran logos”, “esta gran amplitud de la razón” es propiamente la gran tarea de la Universidad³⁰ y podemos y debemos obviamente aplicarlo al profesor: esa es también nuestra tarea”.

3.3. *El apostolado de la verdad*

La Iglesia, de hecho, es “experta en humanidad”, y promotora de un humanismo auténtico. Emerge, desde esta perspectiva, la vocación original de la Universidad, nacida de la búsqueda de la verdad, de toda la verdad, de toda la verdad de nuestro ser. No abundaremos ahora en la conexión y estrecha relación entre Fe y cultura. Simplemente quisiera recalcar en este breve apartado los frutos de este “matrimonio”, arquetipo ejemplar para las otras ciencias y no connubio interesado.

La filosofía que subyace en la preparación de nuestros profesores, forja “habitus” intelectuales, científicos y sapienciales que luego repercuten en los alumnos y en la sociedad y cultura. Una sólida *forma mentis* filosófica permiten pensar, conocer y razonar con precisión, y también dialogar con todos en modo incisivo y sin temores.

²⁸ *De sacramentis*, I, III, 30:PL 176, 232.

²⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes de la IV Convención Eclesial Nacional*, Verona, 19 de octubre de 2006, OR (20 de octubre de 2006), 6-7.

³⁰ BENEDICTO XVI, *Encuentro con los representantes de la ciencia en el Aula Magna de la Universidad de Regensburg* (12 de septiembre de 2006), AAS 98 (2006), 728-739.

En otras palabras: así como la gracia no quita ni empobrece ni margina la naturaleza, podríamos decir que la razón iluminada por la fe completa, potencia y eleva los conocimientos y contenidos.

Ya lo señalaba el Concilio Ecuménico Vaticano II, en el Decreto *Optatam totius*: “Para llegar al conocimiento riguroso y coherente del hombre, del mundo y de Dios³¹, se requiere que la enseñanza de la filosofía se base en el “patrimonio filosófico perennemente válido”, que se ha ido desarrollando a través de la historia, y, al mismo tiempo, se abra para acoger las contribuciones que la investigación filosófica ha aportado y continúa aportando.

Ignorando o dejando de lado la filosofía y la Teología, ¿podemos hablar de verdades fundamentales? Y éstas, ¿que tengan un carácter central, actual?

¿No cambiarían el modo enseñar y de aprender, los contenidos de las ciencias humanas, de la psicología, la medicina, la misma economía o las ciencias de la información si tuvieran una vertebración filosófico teológica que las sustentara? ¿Existe la ciencia sin una Filosofía y Teología, al menos de fondo? ¿Toda ciencia si lo es, no es humana y, por eso, toca al hombre?

Una sólida base filosófico teológica nos aproxima más aún a la persona. Porque la persona puede alcanzar una verdad objetiva y universal; porque la persona es unidad de cuerpo-alma³²; porque existe una dignidad de la persona humana; porque no se puede ignorar la importancia de la ley natural y de las “fuentes de la moralidad”³³ y, en particular, del objeto del acto moral; porque existe una necesaria conformidad de la ley civil y de la ley moral³⁴.

¿No debería el profesor tratar de imitar o actualizar el empeño de aquel dominico del siglo XIII, Santo Tomás de Aquino, quien supo poner “la fe en una relación positiva con la forma de razón dominante en su tiempo”? No sólo le reconocemos como el “Doctor Communis”. En tiempos más recientes, Pablo VI le granjeó el título de “apóstol de la verdad”³⁵.

Escuchemos de nuevo otra reflexión del Papa: “Fe y cultura están intrínsecamente unidas, manifestaciones de aquel *desiderium naturale videndi*

³¹ Cf. n. 15.

³² Cf. *Veritatis splendor*, AAS 85 (6 de agosto de 1993), 1133-1228, nn. 48-49.

³³ Cf. *Veritatis splendor*, nn. 43-44, 74; cf Comisión Teológica Internacional, *A la búsqueda de una ética universal. Una nueva mirada a la ley natural*, 27 de marzo de 2009.

³⁴ Cf. *Deus caritas est*, n. 28.

³⁵ PABLO VI, Carta apostólica *Lumen Ecclesiae* (20 de noviembre de 1974), AAS 66 (1974), 673-702, n. 10.

Deum que está presente en todos los hombres. Cuando este matrimonio se separa, la humanidad tiende a replegarse y a encerrarse en sus propias capacidades creativas. Es necesario, entonces, que en la Universidad haya una auténtica pasión por la cuestión de lo absoluto, la verdad misma, y por tanto también por el saber teológico, que en vuestro Ateneo es parte integrante del plan de estudios. Uniendo en sí la audacia de la búsqueda y la paciencia de la maduración, el horizonte teológico puede y debe valorar todos los recursos de la razón. La cuestión de la Verdad y de lo Absoluto – la cuestión de Dios – no es una investigación abstracta, divorciada de la realidad cotidiana, pero ahí está la pregunta crucial, de la que depende radicalmente el descubrimiento del sentido del mundo y de la vida. En el Evangelio se funda una concepción del mundo y del hombre que no deja de liberar valores culturales, humanísticos y éticos”³⁶.

Conclusiones

Parece oportuno retomar unas palabras prestadas del santo chileno y doctor por Lovaina, el P. Hurtado, quien llegó incluso a afirmar que: “no podrá haber jamás universidad de ciencias sin facultad de Teología, ni facultad universitaria sin la ciencia de Dios, como no puede haber año sin primavera; ni Hamlet, sin el papel del Príncipe de Dinamarca. Quitad a Dios del conjunto de las realidades y tendréis un mapa de la tierra, sin tierra firme”³⁷.

Al final de estas reflexiones quisiera llamar nuevamente la atención sobre la estrecha relación y diálogo entre la fe y la cultura, cuya fuente común y fundamento sigue siendo la verdad. La búsqueda de la verdad por parte del creyente se realiza en un movimiento, en el que siempre se están confrontando la escucha de la Palabra proclamada y la búsqueda de la razón. De este modo, por una parte, la fe se profundiza y purifica, y, por otra, el pensamiento también se enriquece, porque se le abren nuevos horizontes.

Cuando una cultura o la filosofía apagan totalmente la llama del diálogo con la fe, todo acaba -como Jaspers formuló una vez- en una "seriedad que se va vaciando de contenido". ¿Qué queda de una filosofía, de una presunta cultura que ya no se cuestionaría: quiénes somos, para qué somos, si existe Dios y la vida eterna?

³⁶ BENEDICTO XVI, audiencia para los docentes y estudiantes de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, con motivo del 90º aniversario de su fundación, 21 de mayo de 2011.

³⁷ Archivo del P. Hurtado, s40y09, en Padre Hurtado: un disparo a la eternidad, p. 87.

Cuando se deja de hablar de Dios y del hombre, del pecado y la gracia, de la muerte y la vida eterna, entonces todo grito y todo ruido que haya será sólo un intento inútil de enmudecer lo más humano.

Julien Green, cuando la idea de la conversión comenzaba a rondarle la cabeza, solía apostarse a la puerta de las iglesias para ver los rostros de los que de ella salían. Pensaba: -Si ahí se encuentran con Dios, si ahí asisten verdaderamente a la muerte y resurrección de alguien querido, saldrán con rostros trémulos o ardientes, luminosos o encendidos. Y terminaba comentando: -Bajan del Calvario y hablan del tiempo entre bostezos³⁸.

¿Qué veía en aquellos cristianos? Iban, quizás, a la iglesia, pero volvían sin haberse encontrado con el amor de Jesucristo. Bostezaban con indiferencia, porque el fuego del amor no ardía en sus entrañas.

En cambio, la fe vivida y transformada en caridad dilata, estira, agranda las vidas, las propias y las ajenas: “Sentimos el corazón ensanchado. —escribía san Juan Crisóstomo- del mismo modo que el calor dilata los cuerpos, así también la caridad tiene un poder dilatador, pues se trata de una virtud cálida y ardiente. Esta caridad es la que abría la boca de Pablo y ensanchaba su corazón”³⁹.

³⁸ Cf. JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO, *Razones para la alegría*, Atenas 1985. 71 Camino de la luz.

³⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre la segunda carta a los Corintios*, 13, 1: PG 61, 491.